

que respondía con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenía piqueta ni azadon; me puse á cabar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco pies de profundidad. Toqué el tejado destrozado, y arranqué las tejas que lo cubrían. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo largo de un madero; y como se había hundido el techo me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que había sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hácia mi, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se había hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le había roto una pierna.

«Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francisca debía de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien había cogido de la mano en el momento de la desgracia, se había quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hácia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Despues de muchos esfuerzos había logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situacion oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en dónde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin poderse mover, por la cama, pero que tenía las manos libres, y que á través de una hendidura se descubría el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerían mucho tiempo de aquel modo y si no vendrían á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el día del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivían á la creacion, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la jóven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban, tocó una campana la oracion, y dieron en un reloj las siete. Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existían, aun, pues, seres vivientes y casas en pie; podían aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedía llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oírlos mas. Creyó que la pobre niña había muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse así muchas horas. Francisca tenía un frio insoponible, su sangre que no podía circular á causa de la presion de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentíase morir á su vez.

«Entonces fué cuando Mariana, que solo

se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Despues la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creía tener rotos los brazos y piernas, y pedía agua, porque lo que mas le hacia padecer, decia, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo había hecho, y por el que se veía el cielo; la pregunté si descubría las estrellas; pero me respondió que creía estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondíla que nada tenía que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volvería y la traería agua. Consintió en ello.

«Desaté entonces el delantal que tenía ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este expediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero, por donde había bajado. Corrí al pie de la cruz: en el camino vi pasar junto á mí como una sombra al desdichado jóven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

— «¿Habéis visto á Catalina? me dijo.

— «Venid conmigo, al lado de la cruz, le respondí.

— No, continuó él, es preciso que la encuentre.

«Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

«Hallé al pie del crucifijo, no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habían ido á buscar un refugio al pie de la cruz.... Depositó á su lado á Mariana recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se había quedado sepultada entre los escombros, y que no sabía cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo había quedado en pie, y que allí podría encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus propietarios que habían huido; sin embargo, oí ruido sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partía el corazón; entré en el patio para no volver á ver mas á aquel desgraciado jóven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

«La frescura del aire la había devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pie y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le di la calabaza, que vació con ansia, despues la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veía, conseguí sacarla fuera de la especie de sepulcro en que había permanecido catorce horas. Durante cinco dias estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

«Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habían desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña había caído rodando hasta el lago Louvertz, y cegándose en parte había levantado una ola de cien pies de altura y de una legua de estension, que había pasado sobre la isla de Schwanau arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

«Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 40 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD.»

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro. Venía á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la vispera á que nadie había pensado tocar.

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El día estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme mas tiempo en compañía de aquella escelente familia, tenía mis horas contadas, y fui á despedirme de Pericó, á quien llevé un pedazo de pan: tambien me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que quería á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de doblar el ángulo en donde la vispera habíamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pie, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se había debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creído así, si no hubiese hecho mas que pasar por delante de aquella casa; pero había entrado en ella, se había desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederacion, y la forma estraña de las dos montañas sobre que está apoyada: despues nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwanau, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo una hora casi de navegacion, al punto mismo en que se había precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos del Ruiffberg, me habían dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecía de las mas fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volumen de los objetos. Mis barqueros me habían dicho que me arrepentiría de aquella empresa, pero yo no había querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas arrancadas de sus bases, árboles sacados de raíz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguimos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitáramos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creacion, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar penascos perpendiculares que no se podían saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raíces de los árboles, volverse sin saber á donde conducían aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenía salida.

De tiempo en tiempo, sofocados por la vista de aquellas masas en el fondo de las que parecía arrastrarnos, nos agarrábamos á una de ellas, la trepábamos hasta la cima, y encontrábamos mas allá del desierto en que nos habíamos metido, la naturaleza viva y alegre de las praderas, de los lagos y de las montañas; entonces respirábamos cual los nadadores que suben á la superficie del agua, hacíamos nuestra provision de aire, y nos sumergíamos de nuevo en el fondo de aquellas olas de tierra que habian tragado tres aldeas que pisaban nuestros pies, con todos sus habitantes sepultados. Francesco no comprendía nada del capricho que habia tenido yo de pasar por en medio de aquellos escombros, cuando podia haber tomado el camino de Art, y confieso que yo mismo, como ya en iguales circunstancias me habia sucedido, comenzaba á encontrar bastante estúpida esa curiosidad que me arrastra siempre á donde hay mas fatiga que sufrir.

En fin, despues de cuatro horas de caminar por medio de aquella tierra convulsiva, tocamos en su estremidad, y divisamos á un cuarto de legua el lindo campanario de Art, que se destacaba sobre el lago de Zug, y que no estaba separado de nosotros mas que por una encantadora pradera del mas delicioso verde. Se adivina con cuanto placer y delectacion pisamos aquel mullido tapiz, despues de haber andado dando tropezones cinco ó seis horas por vueltas y revueltas, subidas y bajadas, en medio de peñascos, de árboles y de tierra desmoronada. Así al llegar á Art, en lugar de pedir la comida pedí una cama, y encargué que por ningún pretesto me despertaran.

Cuando abrí los ojos, los rayos de la luna iluminaban mi cuarto con una luz tan dulce, que no pude resistir al deseo de levantarme y asomarme á la ventana. Daba sobre el lago de Zug que brillaba como un espejo de plata: á la izquierda el monte Righi, casi cortado á pico, se alzaba magestuosamente hasta las estrellas, que parecían trémulas flores coronando su cima; á la derecha las casas de San Adriano y de Walchwyl dormían á todo lo largo de la ribera, abrigadas por la montaña de Zug. Ni una nube manchaba el cielo, ni un soplo agitaba el aire, ni un ruido se despertaba en el espacio: el mundo dormido flotaba en el éter cual un bagel que boga, y dejaba ver en su confianza que Dios le miraba andar.

Entonces me ocurrió una idea fatal para Francesco: era la de aprovechar aquella hermosa noche y aquel fresco resplandor para ponerme en camino, á fin de llegar muy de mañana á Lucerna. No tenía mas que un inconveniente, era el hambre que comenzaba á dejarse sentir. Quise volverme á la cama para tratar de volver á dormirme otra vez; pero como ya habia tomado el descanso necesario, no pude volver á cerrar los ojos; además

aquella mágica claridad de la luna que bañaba todo el paisaje de una tinta azulada, me atraía irresistiblemente. Salté segunda vez de la cama, y me metí con mi traje mas que ligero por los corredores de la posada, buscando el cuarto del amo y llamando á todas las puertas, á fin de estar seguro por este medio de hallar el suyo. Mi pesquisa fué por largo tiempo inútil, sea que los cuartos estuviesen deshabitados, sea que sus inquilinos tuviesen el sueño pesado. En fin, comenzaba ya á desesperar del éxito de mi escursion, cuando del último cuarto á donde llamé, me respondieron en aleman: *Varten sie da binich*.—Esperad, aqui estoy.

Trataba yo de aguardar, pues la lengua que se me hablaba, y que yo reconocía por la de mi huésped, resonaba demasiado dulcemente en mis oídos; quedéme, pues, en el corredor aguardando á que se abriese la puerta, lo que no tardó, presentándose en ella un mozo alto, rubio, restregándose los ojos y preguntando si era ya hora de partir.

—Para mí sí, respondí sonriéndome, pero tal vez no para vos, caballero; por que creo que los dos nos hemos equivocado, yo tomados por el posadero, y vos tomándose á mí por vuestro guía. Tened la bondad de disimular. Quise retirarme y añadí:

—Perdonad, me dijo, pero ¿podría al menos saber á quien he tenido el honor de recibir?

—A Mr. Alejandro Dumas.

—Creed que me alegro muchísimo.

—¿Me permitis la misma pregunta?

—A Mr. Eduardo Viclers, abogado de Bruselas.

—Celebro muchísimo haber tenido la alta honra....

Y nos hicimos una cortesía como si nos encontráramos en un salon; sin embargo, el conocimiento habia tenido algo de mas original, aterdido el traje en que nos hallábamos y que por lo parecido tenia el aire de uniforme.

—Ahora, caballero, continué yo, ¿me atrevería sin ser indiscreto, preguntaros una cosa?

—Hacedlo.

—¿Tenéis hambre por casualidad?

—¡Um! hizo el bruselés consultándose, me parece que sí.

—Es que yo me acosté ayer sin cenar, por que me estaba muriendo de sueño cuando llegué....

—Y yo, caballero, por que llegué demasiado tarde, y no habia mas que huevos en la posada.

—No os gustan los huevos, segun parece.

—Ni olerlos.

—¿De manera, que estais en ayunas?

—Lo mismo que vos.

—¡Y bien! es preciso comer.

—Comamos.

—Despues, si gustais, nos aprovecharemos de esta hermosa noche para ponernos en camino.

—Con mucho gusto. ¿Pero qué comemos?

—Dios proveerá: primero vamos á poner nos nuestros pantalones.

La proposicion era oportuna, y así fué adoptada sin discusion: cinco minutos despues estábamos medio *presentables*, era todo cuanto se necesitaba en aquel momento.

—Ahora, dije yo, mi querido abogado, vos que hablais aleman como Lutero, encargaos de despertar al huésped, y preguntadle si no habrá medio de echar mano de las gallinas que han puesto los huevos; con ellas haremos un guisado. Yo voy á despertar á mi guía, y á ver si puede servirnos para alguna cosa.

Fuí al cuarto de los criados; reconocí á Francesco por su triunfante modo de roncar. Le tiré por las piernas, despertó y me conoció.

—¡Ah! esclencia, dijo estendiendo los brazos ¡ha! que hermoso sueño tenia.

—¿Y qué era, muchacho?

—Soñaba que me dejabais dormir.

La reconvenccion me llegó al corazon, y si Francesco al dirírmela no se hubiera dejado deslizar de la cama, creo que la compasion hubiera vencido al egoismo; pero el pobre muchacho se habia dado demasiada prisa en obedecerme, y pagó la pena de su prontitud.

Cuando volví, encontré á mi nuevo conocido en conversacion con el posadero. Las noticias eran desastrosas: no habia decididamente en toda la casa nada mas que huevos.

—¡Pero qué! dije yo á mi abogado; ¿teneis una antipatia invencible por la tortilla?

—La detesto.

—¿Y por el pescado?

—El pescado es otra cosa, lo adoro.

—Pero es que no hay pescado en la posada, interrumpió el huésped.

—¿Cómo que no hay? ved lo que dice mi *Itinerario*. «Art, grande y hermosa aldea del canton de Schwitz en la margen del lago de Zug, entre el Righi y el Ruffiberg.—Posada del Aguila Negra.—Se está allí muy bien.—Buen pescado.... Mirad, buen pescado, aquí está impreso.

—¡Oh! sí, en el lago, ha querido decir. Allí sí que hay veteles, truchas y ferras soberbias.

—Pues bien, vamos á pescarlas.

—Si no tengo redes.

—Sin redes.

—Ni tengo cañas.

—Sin cañas.

—¿Pues con qué?

—Con la carabina.

—¿Y para contarme esos cuentos, habeis venido á despertarme? me dijo el posadero.

—Si, amigo mio, y todavía añadiré otra cosa; preparad todo lo que haga falta para un buen guiso á la marinera, encargaos de las

cebollas, del vino y la manteca, yo me encargo del pescado.

—¡Vamos! será preciso verlo, dijo el buen hombre preparando su cacerola.

—Enhorabuena. ¿Es vuestra la barquilla que está en el lago?

—Sí.

—¿Me autorizais á tomarla?

—Sí.

—¿Queréis prestarme ese hornillo de barro en que está sentado mi guía?

—Sí.

—¡Y bien! es cuanto necesito: gracias. Ahora, Francesco, enciende fuego en el hornillo, recoge ramas de pino, toma una cuerda, y en camino.

—¡Buena pesca! dijo el posadero en tono gangoso.

Cogi mi carabina, hice seña al abogado de que me siguiera y salimos.

En un salto estuvimos á la orilla del lago: até con la cuerda el hornillo á la proa de la barca, lo cargué de nuevas ramas de pino: Francesco se sentó en el banco de enmedio con un remo en cada mano, Mr. Viclers desató la cadena que tenia amarrada la barca á la orilla, y vino á reunirse conmigo; hice seña á nuestro remero de que pusiera mano á la obra, y comenzamos á resbalar por el lago.

Estaba como ya he dicho, liso como un espejo, y tan limpio que veíamos perfectamente á la profundidad de casi veinte pies. El agua reflejaba la trémula llama de nuestro hornillo que parecia arder enmedio del elemento destinado á apagarla. De tiempo en tiempo veíamos como un relámpago plateado que pasaba por debajo de nuestra barca, y yo enseñaba con el dedo á mi camarada de pesca aquel presagio de buen éxito, pues era la escama chispeante de un habitante del lago, que despertado por aquel resplandor desacomtumbrado pasaba rápidamente por el círculo de luz que nosotros llevábamos delante. Poco á poco pareció que los peces no solamente se familiarizaban con nosotros, sino que atraídos por la curiosidad subian desde el fondo del agua, hasta pararse á la distancia de algunos pies de su superficie inmóviles y como adormecidos: podíamos reconocer su forma y su especie, pero ninguno subia bastante cerca de nosotros que quisiese arriesgarme á desperdiciar una bala. Hice seña á Francesco que dejase de remar, y eché nuevas ramas en el hornillo: duplicóse la llama, los peces atraídos como por encanto, se elevaban con un movimiento de aletas tan imperceptible, que no reparábamos que subian á la superficie, si no por el aumento de su dimension; en fin, entraron en el foco de luz reflejado por el agua, y les vimos brillar como si cada una de sus escamas fuese un diamante; podíamos elegir á nuestro gusto y capricho. Mi compañero me mostraba una soberbia trucha, pero ya habia echado mis cálculos sobre

un lavareto magnífico, pues conocía su especie por haber tenido con ella en el lago de Ginebra relaciones de que no había tenido motivo si no de alegrarme. Hacia él, pues, dirigí el cañon de mi carabina; el abogado me miraba contentando la respiración; Francesco se había colocado á gatas junto á nosotros, y parecía tener gran interés en lo que iba á suceder; únicamente el lavareto parecía ignorar que era el objeto de la atención general. Subía insensiblemente como si despues de haber atravesado el primer foco reflejado por el agua hubiese querido llegar hasta la verdadera llama que ardía en el aire; por fin juzgué que estaba á buena altura, solté el gatillo, y salió el tiro.

No pudimos menos de estremecernos nosotros á aquella detonacion, cual si hubiese sido inesperada; toda la montaña se había conmovido hasta lo mas profundo; hubiérase dicho que el trueno vagaba por las costas del Righi y del Ruffiberg; oímos cómo se alejaba de eco en eco por la parte de Zug, y despues se disminuía, y por último se apagaba. Volvimos entonces curiosos habian desaparecido; únicamente á una gran profundidad descubriase un punto plateado que enseñé á mis compañeros: era nuestro lavareto que subía panza arriba. Al cabo de algunos segundos flotaba en la superficie del agua, de modo que no tuvimos mas que alargar la mano para cogerle; la bala le había llevado media cabeza.

Volvimos triunfantes á la posada; nuestro huésped nos aguardaba delante de sus fogones; no había, sin embargo, creído deber adelantarse hasta empezar su guisado.

—¿Qué tal? le dije yo enseñándole el pescado; ¿qué decís de esto, buen hombre?

—Digo, que siempre hay algo que aprender en toda edad, respondió con aire de profunda humildad y mirando la magnífica pieza que le trujimos.

—Pues bien, mientras acabamos de vestirnos haced un fricassé y procurad condimentarlo bien.

Ignoro si era necesaria la recomendacion; pero lo que sé es, que el guisado estaba excelente, y que el lavareto era de tan decente dimension que hubo para todo el mundo, aun sobró para el guia de mi nuevo amigo, que había llegado durante la comida.

Concluida la cena, ajustamos nuestras cuentas con el huésped; y como luego comenzase á aparecer una ligera tinta anaranjada en la cima del Ruffiberg, pensamos que ya era hora de ponernos en camino. A la puerta de la posada mi compañero tiró por la izquierda y yo por la derecha.

—¿A dónde diablos vais? me dijo.

—¡Toma! á Lucerna.

—¿A Lucerna!..... de allí vengo yo.

—¡Toma, toma, toma!..... Entonces, ¿por qué no llevamos el mismo camino?

—Vamos enteramente opuestos, vueltos de espaldas.

—Entonces, buen viage.

—¡Guardeos Dios!

—Si pasais por Bruselas.....

—Si vais á Paris.....

—Está dicho. ¡Adios!

—¡Adios!

Y nos separamos para no volvernos á ver probablemente mas que en el valle de Josaphat.

—¿Y bien? dije yo á Francisco, ¿qué piensas de esto, muchacho?

—A fe mia, señor, me respondió, pienso que teneis costumbres muy singulares; dejais los caminos buenos para tomar los malos, dormís de dia para caminar de noche, y pescáis con una carabina.

LAS GALLINAS DE M. CHATEAUBRIAND.

Saliendo de la posada del Aguila y tomando el camino que se estiende á la izquierda del lago de Zug, nos encontramos sobre un terreno que pertenece esclusivamente á la historia. El camino que seguimos fué seguido por Guessler y va á parar á su sepulcro. No nos detuvimos en Immensea, adonde llegamos á las siete de la mañana, si no el tiempo preciso para hacer un alto, y tomamos inmediatamente el camino de Kussnach, cuyo nombre, amorosamente poético beso de la tarde, está tan poco en armonía con el recuerdo de muerte que trae á la memoria. A cosa de un cuarto de legua de Immensea, nos metimos en el camino abierto en el barranco á cuyo extremo velaba Guillermo Tell: su ancho es lo apuradamente suficiente para que pueda pasar un carruage, y se halla encajonado por ambos lados por unas rocas de doce pies de altura, sobre las que se elevan árboles cuyas ramas uniéndose y entrelazándose forman un arco sobre la cabeza del viagero. A su extremo se levanta una capilla construida en el mismo sitio en que espiró Guessler. Enfrente de la capilla un sendero lateral se separa del camino. Sube á unos veinte pasos casi, y se detiene al pie de un árbol. A dar crédito á la tradicion, detrás de este árbol, cuyo tronco cubierto de musgo se descubre á la izquierda yendo de Immensea, fué donde se ocultó Tell, y contra él apoyó su ballesta para asegurarse mas del tiro.

Admitiendo esta distancia entre el tirador y el blanco, Guillermo había disparado á veinte y siete pasos.

La capilla no contiene nada de particular que la distinga de las otras. Está adornada de las efigies de San Nicolás de Bari y de San Carlos Borromeo, y lo mismo que en las demas, me presentaron en esta un libro en que los peregrinos ponen sus nombres: en la penúltima página hallé el de Mr. Chateaubriand.

Desde Martigny había yo visto aparecer de tiempo en tiempo en los libros de las posadas este grande y hermoso nombre confundido entre los apellidos oscuros de los viageros. En Andermat había dibujado un viagero encima de este nombre una lira coronada de laureles. El posadero me lo había enseñado como un nombre de príncipe, y yo le había designado diciéndole que era un nombre de rey. Farfullé allí mi firma muy lejos y muy debajo de la suya, cual debía hacerlo un cortesano respetuoso, y me puse otra vez en camino.

Saliendo del bosquecillo en que está situada la capilla de Tell, descubrimos á mano izquierda las ruinas de la fortaleza á donde se dirigia Guessler cuando fué muerto. Tomamos el sendero que conduce allí, y en menos de diez minutos llegamos á aquel castillo destruido por Stauffacher en el mes de enero del año 1308, y que no ofrece nada notable mas que el recuerdo que suscita. El sendero que conduce á él atraviesa enteramente, entra por un lado y sale por otro, y lleva en derechura á Kussnach. Nos embarcamos allí para Lucerna.

El lago de los Cuatro cantones pasa generalmente por el lago más hermoso de toda la Suiza, y en efecto, lo caprichoso de su forma da á sus diferentes perspectivas mucho de imprevisto. Sin embargo, hasta entonces yo le había preferido al lago de Brienz con su cinturón de neveras; pero al llegar enfrente de Lucerna me vi en la necesidad de confesar que en ninguna parte se había todavía presentado á mis ojos una vista tan completa en su conjunto y sus detalles.

En efecto, enfrente de mí, en el fondo de su pequeño golfo, se elevaba Lucerna rodeada de fortificaciones que datan del siglo XVI, y que dan un aspecto extraño á esta ciudad, en un país en que las verdaderas murallas están construidas por la mano de Dios, y tienen catorce mil pies de altura; á su derecha y á su izquierda, como dos centinelas, como dos gigantes, como el genio del bien y del mal, se elevan el Righi, rey de las montañas (1), revestido de su manto de verdura bordado de aldeas y cabañas, y el Pilato (2), esqueleto huesoso y descarnado coronado de nubes, donde duermen las tempestades. Jamás ha abarcado un golpe de vista un contraste tan completo como el que ofrecen estos dos montes. El uno cubierto de vegetacion desde su base hasta su cumbre, abriga ciento cincuenta cabañas, y alimenta tres mil vacas; el otro,

cual un mendigo, vestido apenas con algunos retazos de verdura sombría que dejan entrever sus costados desnudos y destrozados, no está habitado sino por las tempestades y las águilas, las nubes y los buitres; el primero no tiene mas que tradiciones risueñas, el segundo no recuerda mas que leyendas infernales, así es que el camino que costea su base es el que Walter Scot ha escogido para teatro de la terrible escena con que principia su novela de Carlos el Temerario.

El viento que sopla de Brünnen y que hinchaba nuestra pequeña vela, nos hacia deslizarse tan dulcemente por medio de aquel paisaje delicioso, que yo, recostado en la proa, no sentía el movimiento, y estaba dispuesto á creer que la ciudad era la que venia hacia nosotros, durando esta ilusion hasta los últimos momentos en que, creciendo, parecía salir del agua. Doblamos una torre, que, sirviendo en otro tiempo de faro (Lucerna), dió su nombre á la ciudad, y aborizamos al muelle. Una posada que encontramos en nuestro camino era la del Caballo Blanco, allí nos detuvimos.

La primera noticia que supe, y en efecto, era la mas importante, era que Mr. de Chateaubriand habitaba en Lucerna. Recuérdese que nuestro gran poeta, el que consagró su pluma á la dinastía caída, se desterró voluntariamente despues de la revolucion de julio, y no volvió á Paris hasta que fué llamado por el arresto de la duquesa de Berri. Paraba en la fonda del Aguila.

Me vestí inmediatamente con intencion de ir á hacerle una visita; yo no le conocía personalmente. En Paris no me hubiese atrevido á presentarme á él; pero fuera de Francia, en Lucerna, y en el estado de aislamiento en que se hallaba, pensé que le causaria algun placer el ver á un compatriota. Fui, pues decidido á la fonda del Aguila, pregunté á un mozo por Mr. de Chateaubriand, y me respondió acababa de salir para dar de comer á sus gallinas; se lo hice repetir creyendo haber oído mal, pero por segunda vez me dió la misma contestacion. Dejéle mi nombre, reclamando al mismo tiempo el favor de ser recibido al dia siguiente, pues comenzaba á hacerse ya tarde, y las correrías que había hecho desde Brigy, junto con lo poco que había dormido en las tres ó cuatro últimas jornadas, me hacían sentir que no tendria demasiado con lo restante de dia y de noche para reponerme enteramente: en cuanto á Francesco toda ciudad era Capua para él.

Al dia siguiente recibí una carta de Mr. de Chateaubriand, remitida desde la vispera, pero que no me la habían dado por miedo de despertarme; era una invitacion para ir á almorzar á las diez: eran ya las nueve, y no había tiempo que perder; salté de la cama y me vestí.

Hacia mucho tiempo que deseaba yo ver á Mr. de Chateaubriand; mi admiracion hacia él

(1) *Regina montium.*

(2) *Mons Pileatus.*

era como la religion de un niño; era el hombre cuyo genio habia sido el primero en separarse del camino trillado para abrir á nuestra jóven literatura la senda que despues ha seguido: él solo habia suscitado contra sí mas odios que todo el cenáculo entero: era la roca, azotada durante cincuenta años por las olas de la envidia, removidas aun contra nosotros; era la lima en que se habian desgastado los dientes cuyos restos habian procurado mordernos.

Así, cuando puse el pie en el primer tramo de la escalera, estuvo á punto de faltarme el aliento.

Enteramente desconocido parecíame que no hubiera pesado tanto sobre mí aquella inmensa superioridad, pues dejaba de existir el punto de comparacion para medir nuestras dos alturas, y no tenia el recurso de decir como Strombole al monte Rosa:

«Yo no soy mas que una colina, pero encierro un volcan.»

Al llegar á la puerta me detuve: el corazón me palpitaba con violencia, y habria vacilado menos creo, en llamar á la puerta de un cónclave. Tal vez en aquel momento Mr. de Chateaubriand creía que yo le hacia aguardar por impolitica, mientras no me atrevia á entrar por veneracion. En fin, oi que subia el mezo, no podia permanecer mas tiempo á la puerta, llamé y salió á abrirme el mismo Mr. Chateaubriand.

Ciertamente debió formar una opinion muy singular de mis modales, si no atribuyó mi cortedad á su verdadera causa; pues yo tartamudeaba como un señorito de provincia, sin saber si debía pasar delante ó detrás de él, y creo que, como Mr. Parceval ante Napoleon, si me hubiese preguntado mi nombre, no hubiera acertado á responderle. El seguramente se hizo cargo de mi agitacion, y procuró tranquilizarme alargándome la mano.

Mientras el almuerzo, hablamos de la Francia: tocó sucesivamente las cuestiones politicas que se agitaban en aquella época desde la tribuna hasta el club; y todo con esa brillantez del hombre de genio que profundiza las cosas y los hombrés, que estima en su verdadero valor las convicciones y los intereses, y que no se hace ilusion sobre nada. Me convencí completamente de que Mr. de Chateaubriand juzgaba desde entonces como perdido el partido á que pertenecía, que cifraba toda su esperanza en el republicanismo social, y continuaba adicto á su causa mas porque se hallaba desgraciada que por que juzgase que era la mejor. Esto es propio de todas las almas grandes; necesitan consagrarse á alguna cosa; cuando no es á las mugeres, es á los reyes, cuando no á los reyes, es á Dios.

No pude menos de llamar la atencion de Mr. de Chateaubriand, sobre que sus teorías realistas por la forma, eran republicanas en el fondo.

—¿Os asombráis de eso? me dijo sonriendo.—Confeséle que sí.

—Yo lo creo, eso me asombra á mí mas aun, continuó; pues he rodado sin querer como un peñasco que arrebató el torrente, y ahora me encuentro mas próximo á vos que á mí!... ¿Habeis visto el leon de Lucerna?

—Todavía no.

—Iremos á visitarle, es el principal monumento de la ciudad: ¿ya sabeis el motivo por que se erigió?

—En triste conmemoracion del 40 de agosto.

—Sí.

—¿Y qué tal cosa es? ¿merece la pena de verlo?

—Es muy bueno, es un hermoso recuerdo.

—Es un dolor que la sangre vertida en defensa de la monarquía fuese comprada á una república, y que la muerte de la guardia suiza no fuese mas que el pago exacto de una letra de cambio.

—Nada tiene de extraño eso en una época en que tantas personas dejaban protestar sus pagarés.

Ya se vé que aqui diferiamos en ideas, y tal es la desgracia de las opiniones, resultado de principios opuestos; siempre que la necesidad los aproxima, se entienden sobre las teorías, pero se separan en la práctica, y en el terreno de los hechos.

Llegamos en frente del monumento situado á corta distancia de la ciudad en el jardin del general Pflüfer. Es un peñasco cortado á pico, cuya base está bañada por un estanque redondo: en aquel se ha cavado una gruta de cuarenta y cuatro pies de longitud sobre cuarenta y ocho de elevacion, y en ella un jóven escultor de Constanza, llamado Ahorn, ha construido sobre un modelo de yeso de Thorwalden, un leon colosal herido de una lanza, cuya asfilla se ha quedado en la herida, y que espira cubriendo su cuerpo con el escudo de las flores de lis que ya no puede defender. Encima de la gruta se leen estas palabras:

HELVETIORUM FIDEI AC VIRTUTI:

y debajo de ella los nombres de los oficiales y soldados que perecieron el 40 de agosto; los primeros en número de veinte y seis, y los segundos de setecientos sesenta. Este monumento tenía mayor interés por la nueva revolucion que acababa de verificarse, y por la nueva fidelidad que habian desplegado los suizos. Sin embargo, ¡cosa rara! el inválido que cuida del leon nos habló mucho del 40 de agosto: pero no nos dijo ni una palabra del 29 de julio; habiase olvidado ya la mas reciente de las dos catástrofes, y la cosa era sencilla: en 1830 no habia arrojado mas que al rey, y en 1790 habia arrojado el trono.

Ensené á Mr. de Chateaubriand los nombres de aquellos que habian hecho tanto honor á su fama, y preguntéle cuáles serian

si se elevára en Francia un monumento semejante, los nombres de los nobles que se podrian inscribir en la losa funeraria de la monarquía para formar juego con aquellos nombres populares.

—Ni uno, me respondió.

—¿Comprendeis eso?

—Perfectamente, los muertos no se hacen matar.

La historia de la revolucion de julio estaba toda entera en estas palabras: la nobleza es el verdadero escudo de la monarquía; mientras que este se ha llevado en el brazo ha rechazado la guerra estrangera y sofocado á la civil, pero desde el dia en que su cólera lo haro imprudentemente se ha hallado sin defensa. Luis XI habia dado muerte á los grandes vasallos. Luis XIII á los grandes señores, y Luis XVI á los aristócratas, de suerte que cuando Carlos X llamó en su auxilio á los de Armagnacs, Montmorencys y Lauzuns, su voz no evocó mas que sombras y fantasmas.

—Ahora, me dijo Mr. de Chateaubriand, si habeis visto todo lo que queriais ver: vamos á dar de comer á mis gallinetas.

—Ahora me recordais una cosa, es que cuando me he presentado ayer en vuestra posada, me dijo un mozo que habiais salido para dedicaros á esa campestre ocupacion. ¿Vuestro proyecto de retiro llegará hasta el extremo de hacerse labriego?

—¿Por qué no? un hombre cuya vida hubiese sido agitada como la mía por el capricho, la poesia, las revoluciones y el destierro sobre las cuatro partes del mundo, seria muy feliz, no con poseer una casita en las montañas, pues no me gustan los Alpes, sino con una dehesa en Normandia, ó una alquería en Bretaña. Creo decididamente que tal es mi vocacion en los dias de mi ancianidad.

—Permitidme que no lo crea. Recordad á Carlos V en Yuste; no sois de esos emperadores que abdican ó de esos reyes á quienes se destrona; sois de esos principes que mueren bajo un dosel, que se entierran como Carlo-Magne, con los pies sobre su escudo, la espada al costado, la corona en la cabeza, y el cetro en la mano.

—Estad alerta, hace mucho tiempo que no me han adulado, y seria capaz de caer en el lazo. Vamos á dar de comer á mis gallinetas.

Por mi honor que hubiera querido caer de rodillas delante de aquel hombre que tan grande y tan sencillo encontraba.

Pasamos por el puente de la Côte que conduce á la parte de la ciudad que está separada por un brazo del lago; es el puente cubierto mas largo de la Suiza despues del de Rapperchwyll, tiene mil trescientos ochenta pies, y está adornado con doscientos treinta y ocho pasos sacados del Antiguo y del Nuevo testamento.

Nos paramos á los dos tercios casi de su estension, y á corta distancia de un sitio cu-

bierto de cañaverales. Mr. de Chateaubriand sacó de su bolsillo un pedazo de pan que se habia guardado del almuerzo, y comenzó á hacerlo migas en el lago: al momento salieron de la especie de isla que formaban los cañaverales inmediatamente una docena de gallinas de agua y vinieron presurosas á disputarse la comida que les preparaba á aquella hora la mano que habia escrito *el Genio del Cristianismo, los Mártires y el último de los Abencerrajes*. Miré largo tiempo sin decir nada, el singular espectáculo de aquel hombre echado sobre el parapeto del puente, con los labios contraidos por una sonrisa, pero los ojos tristes y graves. Poco á poco su ocupacion se convirtió enteramente en maquinal, su rostro tomó una expresion de profunda melancolía, sus pensamientos pasaron sobre su ancha frente como nubes por el cielo, habia entre ellos recuerdos de patria, de familia, de tiernas amistades, mas sombríos que los otros. Adiviné que aquel era el momento que se habia reservado para pensar en la Francia.

Respeté aquella meditacion todo el tiempo que duró. Al fin hizo un movimiento y exhaló un suspiro. Me aproximé á él, se acordó de que me hallaba alli, y me alargó la mano.

—Pero si os apesadumbra tanto el no estar en Paris, le dije yo, ¿por qué no volveis á él? ¿Nada os destierra de alli, todo os llama!

—¿Qué quereis que haga yo alli? me dijo. Hallábame en Cotterets cuando sucedió la revolucion de julio: volví á Paris, vi un trono en la sangre, y otro en el lodo; abogados componiendo una carta, y un rey dando apretones de manos á los traperos. Era para morir de tristeza, sobre todo cuando está uno lleno de las grandes tradiciones de la monarquía, por eso me fugué.

—Por algunas palabras que se os han escapado esta mañana, habia yo creído que reconociais la soberania popular.

—Sí, sin duda, bueno es que de tiempo en tiempo la monarquía se empape en su origen que es la eleccion; pero esta vez ha saltado una rama del árbol, un eslabon de la cadena, era necesario elegir á Enrique V, y no á Luis Felipe.

—Deseais una cosa muy triste para ese pobre niño, respondí yo; los reyes del nombre de Enrique son desgraciados en Francia; Enrique I fué envenenado, Enrique II muerto en un torneo, Enrique III y Enrique IV fueron asesinados.

—Pues bien, vale mas en todo esto morir por el puñal que en el destierro: es mas pronto y se padece menos.

—¿Pero vos, no volvereis á Francia? Veamos.

—Si la duquesa de Berri despues de haber hecho la locura de presentarse en la Vendée, hace la tontería de dejarse prender, volveré á Paris para defenderla ante sus jueces, ya que mis consejos no han podido impedir que fuese alli.

—¿Y si no?

—Si no, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Dos horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y ademas llevaba un recuerdo que no contaba hallar alli, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuena tan alto como el de Goethe y Walter-Scott. Habiale yo medido como aquellas montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavia de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginacion, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas hetratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, si no aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenzar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnífico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y asi no nos paramos en la posada mas que el tiempo para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnífico al dia siguiente, habia habido abundancia de viajeros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarines lo conseguiriamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitia aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañía de su cicerone.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en camino inmediatamente. El camino que sale de la misma puerta de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron así por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado así por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solucion se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pie alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldau, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se extendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte pies de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, excepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstaculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró así siete dias, y por todas partes donde pasó, la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso, que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Ademas, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcán tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno, del que estuvieron á punto de haber sido víctimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran unacapa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra desleida pasa al estado de lodo. Estos sintomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caída del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un buque sobre el declive en que se le ha cons-

truido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese, á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en aleman, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para hacerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo que era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viagero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su judío errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que alli probablemente se encontraria solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuáker, al oír la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creído que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido victima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso inci-

dente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirle al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabia con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegarse el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavia iluminados con una viva luz; por lo demas el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subia como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavia resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos pies mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol, se apagó, y cuando llegábamos al Staffel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pie en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viajeros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco menos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de viveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer enmedio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mi el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropia; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galanteria de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros estrangeros, no era mas que una especie de melodía bastante monótona, que á mi en particular me sugirió